

# La edición del yo

## Y de autoedición, nada

*Valerie Miles*

Editora y directora de *Granta* en español

«Se ha ocultado la luna. También las Pléyades.  
Es la media noche y las horas se van deslizando  
y yo duermo solitaria.»  
*Safo, hace 2600 años.*

Con este título hago referencia a un oficio que en mi caso es una ardiente pasión, una aventura existencial continuada, un aprendizaje de nunca acabar: el amor a los libros, al objeto físico y a la literatura en cuanto que fenómeno del lenguaje, como define Aristóteles. Para una editora, esos dos aspectos conforman el fundamento del oficio. Una editora juega a dos bandas. Sin embargo, la edición es un oficio que desafía su propia definición, no le basta con ser solo oficioso. Es también un antioficio. La literatura es subversiva y cuando es buena es material peligroso. Como lo confirma el condenable ataque a Salman Rushdie.

Hablo ahora del título del ciclo, «La industria editorial en una era de incertidumbre», antes de comentar cosas que me interesan *un poquito* más, como hubiera dicho con sarcasmo la escritora catalana Montserrat Roig –véase su texto en el número 24 de *Granta* en español, dedicado a las poéticas del lenguaje–. Mi reacción es fulminante: ¿cuándo no ha sido una era de incertidumbres para la industria editorial? Sé que parece una réplica apresurada y que la intención es motivar la reflexión sobre el libro –el cual forma parte oficialmente de la industria del entretenimiento–, y estoy segura de que hay una pléthora de editores que pueden responder elocuentemente al planteamiento, pero me refiero a Mario Vargas Llosa cuando nos recuerda que «los

malos tiempos son fecundos para la literatura» o a Cervantes, que estaba inmerso en las incertidumbres de la imprenta y la piratería cuando publicó *El Quijote*. Y aquí seguimos.

Creo que los próximos treinta y cinco años serán muy fecundos para la ficción, sobre todo para la búsqueda de nuevas formas en la narrativa. La tecnología y sus aplicaciones están cambiando la naturaleza del tiempo y la literatura es tiempo puro al que se le da espacio, intangible y real, como sabe cualquier poeta desde los presocráticos. Pero si tenemos que hablar de industria, pienso en mero entretenimiento y en grandes edificios. No, no pienso en catedrales, pienso en bloques de pisos de hormigón como los de la Alexanderplatz. Pienso en ventas y no en incitar a un lector a compartir una lectura, pienso en dinero y no en valor, pienso en la acción inmediata para el beneficio sonante y no en los próximos 2600 años. La industria me lleva a pensar en cadenas de valor y en los usos paradójicos que le damos a esta palabra –de uso, de cambio–. Y pienso que me gusta que haya incertidumbre o, más bien, que seamos capaces de reconocer que existe, que merece nuestra atención. Entonces me pregunto: ¿qué es una certidumbre? ¿Existen las certidumbres? Y pienso en aquella niña que cantaba «antes muerta que sencilla», aunque quizá sería mejor decir «me interesa el mundo de las paradojas». Pero si he de ser completamente sincera, creo que me gusta más la primera expresión. No está mal.

La palabra «industria» me lleva al afán de poder, a gente que llama o piensa en editores como «porteros» o «guardianes» del éxito, como si alguien hubiera podido evitar que el mundo reconociera el talento de escritores como Melville o Bolaño. Solo dos ejemplos de la legión de escritores adelantados a su tiempo, de los que tuvieron que pasar una larga temporada en el desierto antes de ser reconocidos. Pero los editores son también personas sensibles que aman la literatura y se toman su antioficio, su arte si cabe, su papel de predicadores del talento y de la experiencia estética del fenómeno del lenguaje, en serio. Creo que referirse a la industria es como empezar la casa por el tejado o como si mirásemos por el ojo de una cerradura todo lo que está pasando en el arte del lenguaje, del libro y de la edición. Formamos parte de una tradición que nos remite a los albores del tiempo y el editor, como el escritor, trabaja para fijar el espíritu de su tiempo y que luego pueda coger vuelo.

Mi relación con lo literario es una relación fenomenológica, personal, de vida y de tradición larga y extraña, porque vivo entre dos lenguas con mucha intensidad, dos mundos que a veces se juntan en un *mundo-en-medio*, como señala el islamólogo Henry Corbin o la medievalista Victoria Cirlot, por razones tanto estéticas como existenciales en mi caso. Nunca lo he expresado

así en público, pero me lancé a un mundo desconocido, al autoexilio, fue casi como un acto suicida. La joven que se lanza, o es empujada por las circunstancias, al volcán. Entonces, si me permiten, quiero aprovechar esta amable invitación y la plataforma que me han brindado para hablar de otro tipo de edición, la que busca deleitar, pero no a toda costa, que se acerca mucho más a mi modo de entender este oficio: la edición como un arte. Aquí podríamos empezar a discutir si se trata de una artesanía, pero como no debo extenderme, me limito a decir que es un arte, citando a Roberto Calasso, con quien dialogaremos en adelante.

La edición como un arte, que no quiere decir producir libros de arte –aunque también–, reniega un poco de esa industria de la que hablaba, aunque parezca perfecta para ella. Los conglomerados de megaempresas conquistadoras han creado una enorme y poderosa industria internacional y sé que gracias a eso pueden existir, en el sotobosque silvestre, proyectos editoriales independientes, especializados, vanguardistas, subversivos. Este ecosistema industrial, que se encuentra al final de un proceso que obliga a publicar en términos de puro beneficio y no de acumulación de capital simbólico o estético, ha permitido también la proliferación de un amplio micelio de proyectos editoriales bellísimos, de infinitas variedades de hifas que alimentan el alma, la imaginación y la condición humana. Y digo alma adrede, en conversación con la reflexión que hace Zadie Smith en un artículo –imprescindible– titulado «Fracasar mejor», en el que presenta un sencillo argumento: los escritores tienen una personalidad propia y esa personalidad desempeña un papel importante en su éxito o su fracaso. Yo lo amplí para asegurarles que, si los autores conocen lo que es el fracaso, los editores también lo conocen íntima y dolorosamente. Traté hace años a un administrador que escribió con su madre un libro titulado *Maquiavelo para gestores*. No es broma.

La idea de Zadie Smith explica, en parte, mi críptico y atrevido título, porque creo que en este caso, en su argumento concreto, se puede sustituir la personalidad del editor donde ella escribe la del escritor. Smith sostiene que «entre el ideal platónico de la novela y la novela real siempre está el maldito yo: vano, tramposo, miope, cobarde, comprometido. Es difícil que los jóvenes lo entiendan al principio. Un ebanista con oficio hace buenos muebles y un zapatero con oficio arregla bien los zapatos, pero los escritores con oficio rara vez escriben buenos libros y casi nunca grandes obras. Hay un elemento malvado en todo esto: por conveniencia lo llamaremos el “yo” aunque, en tiempos menos metafísicos, con “alma” habría bastado». ¡El yo como alma!

La literatura del alma, las figuraciones del alma. No sé si me gusta más que ese famoso «yo».

Pero lo interesante, continúa Smith, es que «la personalidad de un escritor es su modo de estar en el mundo: su trazo innegable». Y pienso en los artistas del trazo, como Amat o Pollock, que constituyen un inconfundible acto corporal. Cuando se entiende el estilo en este sentido, no se trata solo de una sintaxis asombrosa, sino del resultado de alguna misteriosa imbricación con el lenguaje. El estilo ha de verse como una expresión muy específica, temporal y espacialmente; la única expresión posible de una conciencia humana individual. Es decir, el arte proviene de un estilo, de una forma de estar en el mundo: lo que Emerson llamaba el «carácter», algo que Smith defiende brillantemente en contra de las ideas de T. S. Eliot, que niega a los escritores una personalidad. Se trata de nuestro modo de procesar el mundo, que no puede separarse del resto de nuestras actividades. Es nuestro modo de obrar. Lo afirmó Calasso en su *Marca del editor* y Jaume Vallcorba en su discurso de clausura de la maestría de edición en la Universitat Pompeu Fabra: el editor es una personalidad, tiene un estilo, tiene unos gustos, tiene una forma de estar en el mundo, de captar el espíritu del tiempo en el que vive, y es en su selección y su concreción de un acto literario en un libro lo que expresa un estilo propio.

Pero *caveat emptor*: lo anterior no se aplica a todos los editores, sobre todo a los que toman sus decisiones según el *big data* o cuyos directores, que no suelen ser editores ni lectores, obligan a seguir lo que el mercado dicta, seguir las tendencias en vez de marcarlas. En este punto recuerdo a otra gran editora, Diana Vreeland, quien dijo que un editor nunca debe dar al público lo que quiere, sino lo que aún no sabe que quiere. Es decir, se trata de los elementos prospectivo y prescriptivo del oficio de editor. También recordemos a la librería Sylvia Beach, de Shakespeare & Company, que publicó el *Ulises* de Joyce porque nadie más se atrevió a publicarlo.

*Edere* significa «sacar fuera», «dar a luz». Editar, publicar, es iluminar y dar visibilidad a una obra y a su autor. Es buscar, crear e incluso educar a los lectores, seducirlos con algo nuevo, algo que contiene pensamiento, poesía y paradojas, igual que la profesión en sí misma. La edición existe en un espacio en el que se cruzan el arte y el negocio. Y aquí invoco otra vez a Roberto Calasso, el cual afirmó que el editor tiene «algo de mercader y un poco de empresario de circo», y defendió como casi nadie la edición como un arte.

Hay una estirpe de editores que aún hoy son los modelos que me inspiran, muy humildemente y consciente de las distancias, en mi manera de ha-

bitar la edición como un antioficio oficioso. Por ejemplo, cito a menudo algo que dijo Beatriz de Moura, «el tiempo de los buenos libros es infinito», o Jaime Vallcorba cuando recuerda a Dante, «quien, después de su fatigoso periplo por el mundo de ultratumba, tras haber sufrido un sinfín de penalidades y pasado por terribles peligros, en el Paraíso ya, ve encuadernado con amor en un volumen aquello que en el universo está desencuadernado, es decir, ve en forma de libro lo que en el universo son solamente pliegos sueltos». Algo así hace el editor, dice Vallcorba. Y lo hace con amor. También le apenan los muchos libros que aparecen colgados en internet, como ahorcados mecidos por el viento, sin que nadie les preste atención. Lo infinito de Internet, como cualquier otro infinito material sin límites, se asemeja peligrosamente, dijo, al desierto. Es tarea del editor rescatarlo y darle un marco. Darle luz.

En esta estirpe también está Jonathan Galassi, que hizo de Farrar, Straus & Giroux una editorial dentro de uno de los grupos internacionales más grandes del mundo, parecer una *indie*; y ello, os aseguro, no es nada fácil, sobre todo en los años noventa y en los dos mil, años que según Calasso fueron la «época dorada de la edición». Y cómo olvidar a Jorge Herralde, pues ¿qué sería de nuestra lengua sin Anagrama?, nuestra educación sentimental. O aquí mismo en México, Margarita de Orellana y Alberto Ruy Sánchez han descubierto y fijado una riqueza asombrosa gracias al empeño único que es Artes de México. O a mi gran amiga y cómplice en la vida y la literatura, Barbara Epler, presidenta de New Directions, editorial nonagenaria que encarna en un claro y reciente ejemplo lo dicho por Beatriz. Su mayor éxito se consumó el año pasado: la novela de Osamu Dazai, *No Longer Human* (*Indigno de ser humano* en castellano), publicada por primera vez en ¡1956! Vendía tan poco que cualquier otra editorial hubiera destruido sus ejemplares al segundo año. ND tiene paciencia y entiende bien este antioficio: valor por encima de inmediatez mercantil, igual a justicia poética. Aunque no ocurra siempre, lo reconozco. Pero cuando sucede, la magia, como un rizoma, como una simbiosis micorrízica, permite que la dichosa alma escape y se reconstituya con letras nuevas, en constante transformación. Nos alcanza como un soplo de otros tiempos y otros lugares cuando tiene algo que decir. El propio título, *No longer human*, no podría ser más adecuado a nuestra realidad.

Puedo asegurar que, en mi caso, la relación con la literatura y su extrañeza particular no es un asunto baladí. No. La literatura no solo representa experiencias estéticas que quiero compartir, para mí tiene la electricidad de algo urgente, de un salvavidas, y la misión de compartirla cobra la seriedad de una misión vital. La literatura me ha salvado la vida, no es una exageración. También me ha dado sustento, pero lo esencial de mi relación con ella no

proviene de eso. No he buscado una carrera en una industria, no he buscado un lugar de poder, he buscado una manera de seguir viva, una razón para seguir en un mundo salvaje, lleno de sinsabores, lleno de miserias cotidianas. Y he querido, he sentido la necesidad, de poner mi modo de estar en el mundo al servicio de algo más grande. Mi yo, quizá, pero mi alma, sin duda, como una extensión de la superalma de Emerson, y compartirla, por ejemplo, con una escritora con la que he trabajado a fondo en el cruce de culturas, Azar Nafisi: para conseguirlo a veces hay que hacer seis cosas imposibles antes del desayuno. Porque ¿quién soy en el mundo, en mi tiempo, en mi espacio? *Ah, ahí está el detalle. Ay, there's the rub.*

El lenguaje poético, por seguir con Aristóteles, debe parecernos extraño y maravilloso, debe volver a hechizar, porque resta familiaridad al hábito, lo ilumina y añade texturas a lo que habíamos dejado de ver porque estaba demasiado cerca. Las palabras pueden ser vaciadas y despojadas de significado, el lenguaje puede envejecer cuando intentamos cercarlo demasiado, dominarlo y fijarlo, pero está vivo, se transforma en el espacio y el tiempo, es un instrumento que tocamos en cada época de forma diferente. Y un escritor con un oído agudo o un ingenio particularmente profundo, con un sentido natural de las cadencias, puede sacudir el letargo, alterar la realidad para que las cosas que son familiares se vuelvan ligeramente diferentes, misteriosas, encantadas con lo que Freud define como «*uncanny*». Roman Jakobson llamó a este proceso «desfamiliarización» y Viktor Shklovsky lo introduce en *Arte como Artificio*.

Pero también, oh paradoja, aquello que creíamos tan diferente, tan lejano en el espacio o el tiempo, adopta las cualidades de lo conocido. Es decir, el lenguaje transforma e intensifica nuestra relación con el mundo. Roland Barthes escribió que «el lenguaje es como una piel y froto mi lenguaje contra el otro». Todo el que pasa tiempo explorando el lenguaje sabe que la magia sí existe. «Todas las grandes verdades comienzan como blasfemias», sostenía Bernard Shaw. Como que la tierra es redonda, como que da vueltas al sol, como que existen otras galaxias y planetas.

Voy concluyendo con una confesión. El aspecto subversivo de la literatura es lo que me atrae tanto. Una subversión pausada y bella, pero inexorable. La resistencia perfecta. Subrepticia y poderosa. Por eso se intenta quemar libros, silenciar a escritores con violencia, mandar a la cárcel a editores, por eso este antioficio puede volverse tan peligroso: lo entendí la primera vez que leí *Madame Bovary*. Afirma San Agustín que quien pueda entender la palabra antes de que se pronuncie, antes de que los sonidos formen las imágenes en su mente, será capaz de ver el enigma a través del espejo, es decir, el rostro

divino. E insisto, la literatura se remonta al tiempo mítico, cuando nombrar algo era un acto mágico que extraía un objeto de lo inconmensurable y le daba presencia. Luz. Y una vez nombrado, un objeto se puede asociar con otras cosas. Oscuridad. Esa distinción crea movimiento y al nombrar un tercer elemento se abre el espacio de la sintaxis para construir correspondencias: sombras, analogías, espirales y formas que se convierten en poesía, música, razón; en mimesis.

La literatura imbuye el significado a los signos que se originaron en la prehistoria cuando los homínidos empezaron a imaginar o proyectar la presencia de otras mentes y a compartir una intencionalidad. Comunicación. Empatía. Pero no hay vestigios del surgimiento del lenguaje. Es una ausencia. A Nabokov le gustaba repetir que la literatura no nació el día en que un chico corrió por el valle neandertal gritando «¡viene el lobo, el lobo!», mientras el enorme animal le pisaba los talones; no, la literatura nació el día en que un chico corrió gritando «¡el lobo, el lobo!», sin que le persiguiera lobo gris alguno. Paradoja. Podríamos preguntarnos ¿qué mito vivimos hoy? ¿Qué mito será el de nuestro futuro? La única forma de saberlo es continuar escribiendo, pues la imaginación es una facultad adivinatoria, es lo que nos permite ver, describir un futuro posible y hacerlo realidad.

Como espejo de la vida humana social e íntima, la literatura sigue de cerca el avance de la civilización. Si nos remontamos a la prehistoria, creo que resulta arrogante pretender que somos la generación que tendrá el poder de acabar con ella, pensar que nuestro mundo infestado de tecnología es un presagio de la muerte de la narrativa tradicional, como algunos argumentan. Probablemente no sean lectores. Perdonadlos, porque no saben lo que dicen.

El racionalismo ilustrado en Francia –o Baltasar Gracián– nos dio aforismos ingeniosos en los que Twitter se regodea hoy. La proliferación de lo audiovisual en nuestra cultura repleta de pantallas facilita los experimentos con imágenes, aunque no sea nada nuevo. Nos fascinan las series y nos encanta el cine, pero no han acabado con la ficción escrita. Ojalá den muerte a las novelas malas, nadie lo va a lamentar. En el cine entramos por completo en el mundo de otra persona, vemos lo que ve, la literatura, por el contrario y como supo Borges, ofrece al lector un papel activo en la producción mental de sus propias imágenes. El lector es como un músico, su partitura puede ser la misma que la de otro individuo, pero la interpretará de manera diferente.

Ofrezco dos predicciones: primero, creo que la traducción será cada vez más importante. Exponernos a puntos de vista nuevos y foráneos nos permite reencontrarnos con lo que hay en nuestro inconsciente colectivo, nos enriquece y nos une en un espacio de empatía. Me parece que ello se convertirá



en una suerte de supervivencia darwinista, pues estamos condenados a compartir este mundo y es cada vez más pequeño. Nos conviene conocernos mejor. El arte vive del debate, escribe Henry James, de la experimentación, de la diversidad de acercamientos, del intercambio de visiones y de la comparación de puntos de vista. Es lo que nos permite trascender el entorno de lo cotidiano y tocar lo universal. Contamos historias; compartimos secretos, sueños, alegrías, miedos, dolor y aversiones, conscientes de que la imaginación es el tónico, el bálsamo, el lenitivo que lo cura todo. Exorciza nuestros demonios y vuelve a encandilar un mundo desencantado. Los que dedicamos nuestra vida a las artes –y en particular a la literatura– sabemos que ese es el motivo de nuestro empeño: las correspondencias, las conexiones, los puentes existenciales hacia el reino del otro, hacia las miles e interminables aventuras de la experiencia humana.

Y la segunda: me parece que viviremos un renacimiento de la conciencia de las mujeres que se expresará con palabras, lo que es realmente una de las grandes incógnitas de los tiempos. Un retrato de la artista ya no adolescente. Y dado que hoy en día la mayoría de los lectores y compradores de libros son mujeres, el mercado parece estar de acuerdo y, cuando eso sucede, no hay vuelta atrás. Digamos que el poder entra. El gran elemento oculto, el gran misterio, el gran espacio inconmensurable, lo más desconocido es... ¿qué piensan realmente las mujeres cuando piensan en libertad? Cuando los hombres no median, cuando no están reducidas a su papel de madre, hija o amante. ¿Qué? ¿Qué? ¿Creen que lo sabemos realmente? Pues bien, me parece que estamos a punto de averiguarlo. Y creo que podemos llevarnos una sorpresa. Luz.

---

Discurso pronunciado el 7 de julio en las Conferencias Chapultepec rumbo a Mondiacult, Ciudad de México, 2022.